

Ricardo Vicente López

La subjetividad posmoderna
y
el buen vivir

La angustia ante un mundo inhumano y el
camino hacia un mundo mejor

Cuadernos de reflexión:

La alienación y la vida más humana

Corrección: Lic. Correctora Cristina Esteban

Aproximándonos al tema

Por la extraña, y por momentos insoportable ambigüedad de valores y las interpretaciones que de ellos la cultura posmoderna ofrece, nos vemos sumergidos en una especie de telaraña de situaciones sociales diversas, de modos de vivir, de apreciaciones respecto de un futuro difuso. Todo ello conforma un cuadro social, cultural, político, económico que, aunque se manifieste segmentariamente, está entramado y se proyecta sobre un fondo pocas veces percibido como tal y, mucho menos aún, con todas sus consecuencias. La percepción segmentaria se introduce en la conciencia colectiva, fragmentándose en una mirada de biografías personales que sobrevuelan ese clima cultural sin poder asentarse sobre un suelo de certezas que, aunque relativas, le ofrezcan una vida vivible.

Caracterizar esta etapa contemporánea, en plena transición desde un nada claro comienzo que se va deslizando hacia un incierto futuro, con las categorías que se van proponiendo: posmodernidad, poscapitalismo, posindustrial, etc., no ha ayudado mucho en estos intentos de comprender el presente que transcurre frente y a través de todos nosotros. Si bien, no puedo ignorar que nunca, en ninguna época, ha sido fácil pintar un cuadro claro de los *tiempos presentes*, esto parece más difícil aún en estos comienzos del siglo XXI que se van presentando como un final de época y, por consecuencia, en la posibilidad de un comienzo diferente difícil de percibir. Son tiempos en los que lo que se desmorona no ha terminado de hacerlo y lo que nace tarda en mostrarse con mayor nitidez. Tiempos crepusculares en los cuales el ocaso pasado todavía no puede ser totalmente metabolizado y el amanecer prometido no ha mostrado sus primeras claridades.

No es una experiencia nueva para el hombre occidental. La cultura ha padecido la decadencia de la cultura ateniense, el derrumbe del Imperio romano de Occidente, el final de la Edad media, etc., y en cada una de esas transiciones la experiencia fundamental no ha sido muy diferente. Hoy, la llamada sociedad global, mediatizada, interconectada, informatizada, le agrega peculiaridades propias que deberemos pensar.

La crisis que estamos atravesando, como tantas de las que han azotado la historia del hombre, provoca un malestar que merece ser analizado con la mayor profundidad posible. La actual tiene un recorrido cuyo comienzo puede colocarse, para su mejor estudio, en un tiempo que se inicia en la segunda posguerra mundial. Este punto de partida —es necesario dejarlo expresado— es arbitrario, no es más que un recurso para acotar la fluidez del tiempo histórico entre hitos que nos permitan encuadrar el objeto por analizar y definir. Haber elegido ese comienzo sólo es una determinación válida para el hombre de occidente, lugar que debe quedar afirmado como el *desde donde* me propongo reflexionar e invitar a hacerlo. Para aclarar aún más la necesidad de esa definición histórica y espacial cabe un señalamiento perceptible en cuanto a lo enunciado, es el siguiente: muy probablemente, un chino o un aymara que se detuvieran ante un planteo similar fijarían comienzos diferentes, lo tratarían de una manera distinta, y sus conclusiones serían otras. Nadie puede escapar al condicionamiento impuesto por su época y su situacionalidad.

Lo presentado anteriormente significa que la propuesta tiene una referencia inmediata en el hombre de la modernidad occidental por coexistir con una etapa de descomposición que perturba las dimensiones sociales, culturales, políticas, económicas. Todo ello pesa sobre su conciencia, lo sepa o no. Las consecuencias se manifiestan en todos, aunque esto se exteriorice como una enorme variedad de historias personales y colectivas. La mirada psicologizante las convierte en un conjunto disperso de biografías. La

mirada sociologizante las sumerge en una complicada estructura en las que desaparecen las subjetividades. Otro tanto podría decirse de los estudios económicos, políticos, culturales, etc.

El intento de estas páginas es pensar el problema propuesto con una mirada holística, abarcadora, incluyente, que comprenda las perspectivas mencionadas sin sobredimensionarlas pero sin ignorar sus particularidades. A ello debo agregar que me propongo —en la medida en que el tema no exija precisiones conceptuales— no apartarme de un lenguaje accesible a nuestro *ciudadano de a pie*, pues para él escribo, con él quiero comunicarme, dialogar y ofrecerle algunas explicaciones a mi alcance. Pero, sobre todo, mi intención es llevarlo hacia una reflexión que se puede sintetizar con estas palabras que han recorrido el mundo: «Otra mundo es posible».

Las aristas que el tema presenta son múltiples; dicho de otro modo, el problema asume la forma de un poliedro. Esta es una dificultad que no debo esconder, no soslayar dentro de la investigación, para expresar las limitaciones impuestas ante la pretensión de una explicación definitiva, de modo tal que logremos un acercamiento posible, necesario, útil, para pensar y repensar nuestras vidas insertas en ese cuadro de crisis. Esa cercanía no intenta quedarse en la descripción que pinte un cuadro aparentemente claro, cuya superficialidad impida bucear en las causas más profundas y estructurales. Para desde allí lograr una mirada hacia un horizonte prometedor de un mundo mejor. Quiero decir que el análisis de los problemas presentados no debe ocultar situaciones dolorosas, como las que nos informan los medios de comunicación diariamente (más todo lo que no se dice o se distorsiona) ni precipitará en abismos que nos sumerjan en un crudo escepticismo.

La propuesta contiene un intento de actitud esperanzadora, sin que ésta conduzca a engaños, al suavizar la intensidad y gravedad de lo que sucede, sin ignorar las posibles ironías descreídas del lector al hablar de esperanza en medio de tanto escepticismo. Quiero precisar que la esperanza es también un modo de mirar y comprender, un modo que no impide el buen conocimiento, del mismo modo que la actitud aparentemente neutra, o la escéptica, o la pesimista también lo hacen. Son actitudes opuestas a la mía, ante las cuales tomo posición; son modos y actitudes que definen una forma de vida, un compromiso y una voluntad diferentes.

En el camino por recorrer, recurriré a la ayuda de aquellos que han estudiado y reflexionado sobre el tema, resguardando en la selección la seriedad avalada por sus trayectorias, sus publicaciones, sus pertenencias académicas. Apoyados en ellos, iré dando los pasos posibles que nos vayan ofreciendo una inteligibilidad de estos temas muy difíciles, pero imprescindibles para un mejor conocimiento del mundo actual y de nuestra situación en él.

La definición del lugar desde el que estoy pensando

Un primer problema se nos presenta para definir el campo donde colocar el tema de investigación. Como ya quedó advertida la necesidad de evitar las miradas parcializadoras, se impone precisar el lugar *desde donde estoy hablando*, y hacerme cargo de las limitaciones que esta pretensión enfrenta, dentro del ámbito de las ciencias sociales. La actitud que busca el *comprender*, pretende corregir las exigentes limitaciones del *saber científico*, por las rigideces metodológicas que implica, expresadas por experiencia de que ellas nos alejan de la materia investigada. La psicoanalista Clara Shorlandman, Doctora en Ciencias Sociales, cuyos títulos académicos hablan de su inquietud por ampliar el espacio de sus conocimientos, plantea la dificultad de este modo:

Lo que pasa es que éste es el problema que tenemos con la ciencia y el sentido común. La ciencia necesita objetividad y métodos de repetición para poder estandarizar, homogeneizar y hacer universales sus descubrimientos, y se olvidan de la subjetividad y el ser humano como único e irrepetible.

Nos pone ante la disimilitud de los objetos de estudio, como una cuestión no soslayable: el modelo de ciencia impuesto maneja objetos manipulables, medibles, sustituibles; por lo tanto, pasibles de someter a experimentos. La Doctora Shorlandman pone el acento en la particularidad del *tipo de conocimiento sobre lo humano en tanto objeto de estudio* (definirlo así ya está mostrando un grado de cosificación, muy difícil de evadir). La biografía va cincelando, en la persona humana —por itinerarios “únicos e irrepetibles” y en permanente cambio—, perfiles que se autodefinen constantemente. Por una parte, ello lo convierte en un “objeto” casi inasible, en términos de *conocimiento*; por otra, el ejercicio de su libertad (asunto no incorporable al método científico) le otorga un grado de creatividad e imprevisibilidad de su conducta no sometible a leyes rígidas, ni estadísticas, ni probabilísticas. Aparece, entonces, la necesidad de *comprensión*.

Como ser individual¹, adquiere su perfil personal en el seno de una sociedad que está, también, en permanente cambio, lo cual le exige modos de adaptación, a partir de su individualidad autónoma. Esta dialéctica entre persona y sociedad se procesa de modo condicionado por los elementos de cada uno de esos términos; su resultado, como quedó dicho más arriba, es siempre novedoso. Creo que ya estamos en condiciones de señalar las razones de peso para afirmar que, si bien la ciencia aporta elementos nada desechables, las características de la persona humana exigen un modo de aproximación alejado de los métodos académicos tradicionales.

La investigación de la relación entre sujeto y sociedad se presenta con particularidades que imponen una mente amplia, lo más libre de preconceptos posible, dispuesta a dejarse sorprender por lo que siempre es novedoso dentro de la continuidad de cada historia personal. Entre estas limitaciones, pero con la necesidad de *comprender el fenómeno humano en una sociedad en crisis*, la Dra. Shorlandman nos ofrece una descripción aproximativa:

Estudiamos cómo fue el cambio de subjetividades en la época, qué ha pasado con el sujeto que nosotros entendíamos como el sujeto moderno y cómo es el sujeto actual hoy. Vemos síntomas y su manera de participación social. Las características del sujeto actual son que es un sujeto del consumo, de la acción, de pocas palabras y que ha transformado también el tiempo, para él el tiempo es un instante. Es un tipo de subjetividad para la cual han cambiado los padecimientos y la posibilidad de tratarlos, pero también cambiaron los vínculos sociales. Para nosotros, es de suma importancia ver esa transformación, porque esto permite comprender algunas de las situaciones socio-culturales y políticas.

Este análisis nos es muy útil para orientar la investigación emprendida. Queda dicho que se debe hablar de una mutación de la subjetividad; esto nos impone algunas preguntas para conocer las posibles causas y el origen de ese proceso.

¹ El término “individuo” etimológicamente proviene de “indiviso”, ‘lo que no se puede dividir’. Se refiere a una unidad independiente, frente a otras unidades.

La necesidad de precisiones

El problema planteado requiere, para ser abordado, algunas especificaciones y definiciones que nos permitan comprender mejor el tiempo histórico en que estamos y sus características. El concepto que ha estado merodeando en torno al problema del *sujeto* (es decir, al portador de esa subjetividad) —muy debatido, del que se ha escrito otro tanto— es el de *posmodernidad*, con el cual se ha intentado abrir un espacio para el pensamiento crítico y, a través de esa brecha, introducirnos en nuestras reflexiones. Nos encontramos frente a un vocablo difuso, impreciso, ambiguo; por lo tanto, de difícil y escasa precisión, con el que debemos intentar la profundización de la problemática. Recorro a Wikipedia para que nos oriente:

En sociología, el término posmoderno se refiere al proceso cultural observado en muchos países en las últimas décadas, cuyos principios han sido ubicados en los '70. Las diferentes corrientes del movimiento postmoderno aparecieron durante la segunda mitad del siglo XX, todas ellas comparten la idea de que el proyecto modernista fracasó en su intento de renovación radical de las formas del pensamiento, de las propuestas políticas y en la vida social. Uno de los mayores problemas en el tratamiento de este tema resulta precisamente en llegar a un concepto o definición precisa de lo que es la postmodernidad. Esto resulta de diversos factores, entre los cuales los principales inconvenientes son la actualidad, y por lo tanto la escasez e imprecisión de los datos a analizar y la falta de una teoría válida para poder hacerlo extensivo a todos los hechos que se van dando a lo largo de este complejo proceso que se llama posmodernismo. Pero el principal obstáculo proviene justamente del mismo proceso que se quiere definir, porque es eso precisamente lo que falta en esta era: un sistema, una totalidad, un orden, una unidad, en definitiva coherencia.

Dicho de otro modo, debemos asumir que una de las manifestaciones de esta etapa es la descomposición del proyecto de la modernidad occidental, descomposición que va acompañada por una especie de estupor, un aturdimiento provocado por la incapacidad de pensar qué es lo que se va derrumbando. Además, esto que provoca el desconcierto remite a la conciencia colectiva, como una manera de defenderse, dejarse deslizar hacia la indiferencia. Propongo, ahora, recurrir a la psicopatología como instrumento de análisis de una situación social patógena que crea un clima enfermizo frente a los cuales el sujeto posmoderno busca en el consultorio una explicación, una protección, una contención, que lo ayude ante este cuadro social.

Una muy interesante conversación entre personalidades que han investigado este problema nos dará algunas pistas para orientar nuestra búsqueda. La conversación fue propuesta por Fernando Álvarez-Uría y Julia Varela — ambos profesores de Sociología en la Universidad Complutense de Madrid—, al psiquiatra y escritor español, Doctor Guillermo Rendueles (1948), Licenciado en Medicina por la Universidad de Salamanca y Doctor en Medicina por la Universidad de Sevilla, es también Profesor de Psicopatología en el Centro Asociado de la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED), en Asturias. Ante la pregunta respecto de cómo se ve este tema desde el consultorio, responde:

A la consulta psiquiátrica llegan hoy multitud de pacientes que la utilizan a modo de muro de las lamentaciones en donde descargan malestares cotidianos que traducen una miseria sentimental y un sufrimiento generalizado, imposibles de solucionar desde los espacios de la Psicología. Son pseudo-depresiones y angustias reactivas a un malvivir urbano, a unas situaciones que los pacientes no pueden ni quieren cambiar. Estrés es el nombre que traduce al diagnóstico psicológico trabajos agotadores, endeudamiento con la casa, malquereres domésticos, agobios que no causan la depresión sino que la constituyen. Los pacientes no piden interpretaciones de sus trastornos, ni estrategias para el cambio, sino palabras o píldoras que consuelen o hagan tolerables estas situaciones, dada su falta de coraje para intentar transformar sus condiciones de vida. Lo masificado de las consultas psiquiátricas, por las que llega a pasar el 50% de la población del área sanitaria,

explicita la ruina psicológica de la multitud postmoderna, que traduce allí, a la intimidad de cada persona, lo insignificante y vacío de su cotidianidad, las miserias para las que no encuentra otras vías de cambio que la individuación psicológica.

A primera vista, quien esto lee puede tener una sensación de rechazo ante un diagnóstico tan crudo y duro; sentir una distancia respecto de ese paciente que acude en busca de ayuda terapéutica. Sin embargo, el señalamiento de en qué reside la demanda nos coloca en la pista de lo que tratamos de comprender: no quieren cambiar sus vidas ni alterar su modo de relacionarse con el mundo circundante, sino demandan una salida química fácil e inmediata. Esto comienza a hablarnos de la *subjetividad posmoderna*.

La huida hacia la intimidad

El Doctor Rendueles avanza entonces en una propuesta de teorización sobre el cómo y el porqué de este proceso; sobre dónde encontrar los primeros pasos de esta retracción para parapetarse en lo más íntimo de la conciencia como estrategia defensiva ante un mundo muy hostil que no parece ofrecer la posibilidad de ser transformado, al menos desde la *subjetividad posmoderna*. Nos dice:

El intimismo dirigido desde una vanguardia feminista impuso efectivamente unas relaciones personales presididas por el sentimiento puro que permite la libertad postmoderna y renegó de las ilusiones revolucionarias sobre la centralidad de la transformación del trabajo para la liberación. Lo cual nos permite definir el *intimismo*, la reclusión en el seno de la conciencia individual, como el resultado de toda una serie de derrotas en las luchas por forzar la historia y las relaciones de trabajo hacia la libertad.

El sujeto que ha abandonado la intención o nunca la tuvo o no está dispuesto a pelear por cambiar el sistema que lo ataca y enferma, retrocede hacia esa retaguardia que le ofrece su conciencia y desde allí se plantea su sobrevivencia individual:

El refugio en las relaciones puras es un amor a palos tras haber destruido el mundo del trabajo como productor de subjetividades, o haber hecho desaparecer las formas de convivencia en el barrio como espacios de vida solidaria. Es sobre esa ausencia de los antiguos espacios de soporte social, sobre las ruinas de las escuchas espontáneas del patio de vecinos, o la taberna, donde se reclutan los clientes de los centros de salud mental.

Contrapone de un modo muy interesante pare reflexionar, en nuestras experiencias cotidianas, el balance entre lo ganado y lo perdido con el derrumbamiento de la cultura moderna, es decir, de aquella en proceso de su desestructuración, que da paso a este mundo de perplejidades:

En la actualidad hay un mayor equilibrio de poder entre los sexos pero hay una crisis de atención y cuidados. El altruismo ha entrado en crisis, pues adultos y jóvenes hoy en día no parecen estar muy dispuestos a sacrificarse por los demás porque están en una pseudoafirmación del yo, en un mundo en el que el placer inmediato parece estar sobrevalorado. Retorna en estos tiempos una especie de *carpe diem*².

Podríamos decirle a nuestro doctor que esto que describe es un cuadro que encuentra sus manifestaciones más extremas en la Europa de hoy; que América ha comenzado un proceso de recuperación

² “Carpe diem” es una locución latina que literalmente significa ‘disfruta el día’; quiere decir ‘aprovecha el momento’, en el sentido de no malgastarlo.

de un estado social en descomposición hacia algunas formas de vida más solidarias y esperanzadas. Esto no pretende decir que nosotros no tengamos este tipo de subjetividad, sino simplemente afirmar que la vamos dejando atrás de manera paulatina, aunque todavía tengamos mucho trabajo por delante.

Otro tema que propone, que me parece muy útil para pensar nuestra realidad, es el siguiente:

Por otro lado ¿cómo pueden los sentimientos convertirse en cemento social? «Permaneceré contigo mientras mi sentimiento me una a ti», me parece una fórmula suicida para cualquier relación. Creo que hay que instituir un tipo de crianza que genere obligaciones morales, que se base en promesas y en sentimientos de deuda con la generación anterior. Conviene articular la vida como un aprehender el testimonio de nuestros antepasados, porque ahora cualquier tipo de obligación es vivido como represión, y eso está generando una educación sentimental que, prometiéndolo el hedonismo, genera una infelicidad generalizada de inestabilidades y rupturas que de nuevo crean pseudo-necesidades psiquiátricas.

En lo que se ha supuesto como un paso adelante en el ejercicio de la libertad, sobre todo en las últimas generaciones, ha acarreado consecuencias que se manifiestan en el consultorio psicológico. Pueden, también, percibirse en la liviandad del tipo de relación que se establece entre la pareja:

Curiosamente esa inestabilidad generalizada de los vínculos amorosos se está viendo sobre todo en la clase obrera, donde la ruptura de los matrimonios supera ya el 60% entre los que tienen entre 20 y 30 años, pues la norma de estar en pareja solo mientras se está bien es ya un seguro de ruptura. En las páginas de divulgación psicológica del dominical del diario El País se decía, como si se tratase de un axioma matemático, que el amor dura un máximo de 5 años y que luego se convierte en hábito. Si a eso se suma un trabajo inestable, una vivienda en malas condiciones, y un mercado inmobiliario prohibitivo para los jóvenes, se generan unos saltos continuos de relaciones que en dos generaciones conducen a un caleidoscopio familiar que trastoca incluso la nomenclatura de las relaciones familiares clásicas.

Europa como un punto de referencia

Me parece necesario seguir las reflexiones del Doctor Rendueles porque, aunque nos hable desde la experiencia de la Europa actual y, más específicamente, de la España de hoy, nos propone un temario y un modo de tratamiento, a partir del cual seguir reflexionando respecto de este fenómeno que, como caracterización, hemos aceptado denominar *subjetividad posmoderna*. El paso propuesto ahora es remitirnos al origen de lo que hemos estado pensando:

La genealogía del nosotros en el trayecto clásico que combinaba el ethos, - entendido como el conjunto de tradiciones que se integraban en una filiación -, con la autorreflexión que construía el proyecto biográfico, este esquema ha explotado. Y ese vacío ha dejado paso a la necesidad de orientar en soledad las identidades sucesivas a partir del deseo y de la búsqueda de la autenticidad. «Sé fiel a tu deseo, defiéndelo de lo inauténtico» (en este caso lo inauténtico son las convenciones sociales), es un discurso que condena a mis prójimos a ser simples construcciones de los sentimientos: el otro se convierte en un fantasma actualizado únicamente por mi amor proyectivo hacia él. El nosotros postmoderno es solo la suma de mis objetos de deseo: un mundo que cancelo cuando les retiro mi afecto.

El lenguaje del párrafo propuesto adquiere un cierto grado de tecnicismo filosófico que intentaré aclarar. En la historia de los últimos siglos, dentro del cuadro de la cultura moderna, la constitución de la

subjetividad se constituía en términos más comprensibles: permitían una cierta claridad respecto de *qué se debía ser, cómo se debía realizar eso, cuáles eran los pasos necesarios para su logro*, etc. Todo ello cuando ésta no mostraba todavía signos de agotamiento. En ese cuadro social se mostraba un modo de ser hijos, luego adultos maduros, que no parecía expresar dificultad mayor. Aquel *deber ser* no se presentaba como una imposición insoportable e inaceptable; por el contrario, nos ofrecía un marco claro de maduración y realización personal. No debe entenderse esto como una descripción paradisíaca: había diferenciación de clases, pero aparecían algunos caminos de movilidad social, que se convertía en un incentivo para muchos, aunque no tantos lo lograran.

Ese *deber ser* hablaba de los necesarios esfuerzos para su logro, que, en cierta medida, nos disciplinaba pero lo hacía dentro de un clima amable. En esta posmodernidad, se le contraponen una intuición que habla de la inutilidad de muchos esfuerzos; que la recompensa por hacerlo no está a la altura de las promesas. El horizonte se ensombrece y desdibuja, el futuro se desvanece en un presente repetitivo; en su lugar, sólo queda este presente que se debe aprovechar disfrutando al máximo de todo aquello que se logre, aunque no sea mucho. *Disfrutar* es la voz de orden de este tiempo. Sin embargo, la suma de los pequeños disfrutes que se desvanece en cuanto se agota el instante, deja un vacío más profundo y angustioso. En medio de ese juego perverso e irrespirable, la propuesta de los sentimientos mezquinos hacia el otro que privilegia la satisfacción personal, aguachenta y deteriora las relaciones personales, las banaliza y pierden densidad: se deshumanizan:

Hemos pasado del «hasta que la muerte nos separe» al «hasta que el sentimiento nos una». El salto va de un extremo al otro. Nada me parece más ridículo que el lloroso abrazo de Bertrand Russell a una de sus múltiples esposas para confesarle que en el paseo matutino de antes del desayuno ha descubierto que ya no la quiere y deben divorciarse. Entre esos extremos quizás haya que introducir alguna promesa mínimamente estabilizadora, porque de otro modo es como la profecía que se cumple a sí misma: si la relación se basa en la actualidad del deseo, la autorreflexión crea una inseguridad automática.

Parece, de lo que se desprende de esta aguda descripción, que la persona posmoderna, definida hace un tiempo como “el hombre *light*”, padece de una gran dificultad para establecer las que hace un tiempo se habrían denominado *relaciones maduras*. La inestabilidad que supone la promesa de “mientras que los sentimientos nos unan” es, en sí misma, una confesión de liviandad, de transitoriedad, que lleva implícita la certeza de que esos sentimientos son pasajeros.

Según se va desarrollando la trama que ha dado lugar a esta *novedad* del siglo pasado denominada *subjetividad posmoderna*, en un juego que su misma conceptualización pone en evidencia: ésta puede ser pensada, analizada por contraposición a su antecesora la *subjetividad moderna*. Debemos reparar en que el sólo título enuncia ya una carencia: ser “pos”, lo que viene “después de”, habla de una indefinición que merece ser pensada. Es necesario detenernos, volver las páginas de la historia hacia sus comienzos, pero sin ir tan atrás que nos remita a un origen lejano. Podemos pensar a partir de su calificación de *moderna* para colocar un punto de comienzo que nos coloque frente a un camino prometedor. La investigación acerca de la naturaleza del sujeto portador de esta *subjetividad* funcionará como un espejo, y en el juego de las figuras contrapuestas se definirá con rasgos más precisos cada una de ellas.

Ubicaré el nacimiento de ese hombre con algunos datos históricos que describirán las condiciones sociales dentro de las cuales maduró su conciencia. La Modernidad representa el resultado de un hondo proceso de transformación del pensamiento europeo a lo largo de un período de casi tres siglos. En este largo

proceso que comienza en los finales de la Edad Media, el Renacimiento³ constituye un período de transición entre el hombre medieval, en vías de lenta desaparición. El moderno nace empujado por lo que se puede denominar una fuerza espiritual caracterizada fundamentalmente por tres componentes culturales: el Humanismo, la Reforma Protestante y el avance ininterrumpido de la Ciencia. Debemos otorgarle a esta última el impulso decisivo en el advenimiento de la nueva etapa. Merece mencionarse que en el terreno político y social, tiene lugar una transformación importante: la consolidación de los Estados Nacionales y de las Monarquías Absolutas, así como al crecimiento de la burguesía y su actividad fundamental: el comercio internacional.

Debo subrayar, por algunos comentarios anteriores respecto de las etapas de transición, que el Renacimiento es una época de crisis: es decir, época en que las convicciones vitales, fundamentos del espíritu de época del medioevo se resquebrajan, van perdiendo credibilidad, cesan de regir. Los hechos importantes a destacar son: el quebrantamiento de la unidad religiosa; el descubrimiento de la centralidad del Sistema Solar que arroja a la Tierra a un puesto subalterno; las conquistas de nuevos territorios y la expansión colonial; lo que va a compensar la autoestima del hombre europeo. Los intentos reiterados de desplegar una sensibilidad nueva en todos los ámbitos de la producción intelectual son síntomas inequívocos de la necesidad de superar la gran crisis que atraviesa la cultura de época.

El Renacimiento se presenta, pues, primero, como un acto de crítica que se resuelve en la ruptura con el pasado, una superación del conjunto de ideas, creencias, que sostuvieron la humanidad heredada. En este mar de dudas e incertidumbres el hombre del Renacimiento se niega a ser un náufrago en medio de la perplejidad. La nueva época se caracteriza por la negación de todas las filosofías anteriores, y constituye también el angustioso afán de encontrar un nuevo punto de apoyo capaz de salvar al hombre y a la cultura del naufragio: una nueva certeza. Este nuevo punto de apoyo será la Razón, una Razón autónoma y cada vez más desteologizada. Ésta, fundamento del hombre moderno, reconstruirá las certezas perdidas construyendo una nueva manera de pensar, sin paternalismos teológicos, afirmando la autonomía de este *nuevo sujeto*.

La actitud que domina el espíritu de la nueva ciencia expresa una confianza absoluta en la capacidad del hombre para extender más y más su dominio sobre la Naturaleza (el hombre puede dominarla ya que ahora tiene el instrumento adecuado para ello: la ciencia). Como se puede observar, la concepción aristotélica de la ciencia como conocimiento puramente teórico deja paso a una concepción más utilitarista de la ciencia. La nueva ciencia, la Ciencia Moderna, ya no aspira a la mera contemplación, sino al conocimiento de las leyes que rigen los fenómenos naturales con vistas a su dominio. Esta posibilidad de dominio acrecienta la confianza del *hombre burgués*, el hombre naciente, que será el dueño absoluto del mundo y lo subordinará a sus intereses económicos: la naturaleza será convertida en una fuente de materias primas y el fin dominante será el lucro.

La transición hacia la modernidad

Si el hombre medieval tenía un perfil timorato, sometido a los terribles designios divinos, viviendo entre dos posibilidades: una posterior vida feliz en el paraíso prometido, como recompensa, y los probables e implacables castigos del infierno eterno. La angustia era el resultado de la fragilidad de esa incertidumbre. Al

³ Es el nombre dado a un amplio movimiento cultural que se produjo en Europa Occidental en los siglos XV y XVI. Fue fruto de la difusión de las ideas del humanismo, que determinaron una nueva concepción del hombre y del mundo.

hombre que se va asentando en la nueva cultura, armado con el instrumento poderoso del saber científico, se le ofrecía el sometimiento de la naturaleza a su voluntad. Percibía ahora que la Tierra toda podía caer bajo su dominio, empezaba a sentirse un “conquistador”.

La ciencia estaba protagonizando una verdadera revolución que se plasmaría no sólo en la definición de un nuevo sistema del mundo, sino en algo todavía más importante y que sería de enorme trascendencia para evolución del pensamiento y de la ciencia occidentales, a saber: una nueva concepción de la Razón y un nuevo método científico.

El asombroso logro de la Ciencia Moderna fue el nacimiento de una nueva racionalidad que le dio la clave de la inteligibilidad de la Naturaleza. Desde Copérnico (siglo XVI), y ya de un modo definitivo con Galileo, el científico insiste en presentar sus descubrimientos en el lenguaje de las matemáticas. Los grandes fundadores de la ciencia occidental hicieron hincapié en la universalidad y el carácter eterno de las leyes de la Naturaleza. Buscaron y formularon esquemas generales, marcos unificadores, en los cuales todo lo que existe puede ser conocido y demostrado lógicamente o causalmente. Para esa racionalidad todo lo que ocurre debería, en principio, ser totalmente explicable en función de leyes generales inmutables. Estas leyes eternas que el científico se proponía descubrir y formular determinan para siempre el futuro. La propuesta bíblica de “la imagen y la semejanza” parecía hacerse realidad para este hombre moderno: no llegaría a “ser Dios”, pero estaría cerca de “ser como Dios”.

Si bien es cierto que la nueva ciencia hizo del método experimental el instrumento de su diálogo con la Naturaleza y el modo de subordinarla, no se conformó con una observación pasiva de ésta en el estilo tradicional, sino que se propuso someterla a sus interrogantes, a sus hipótesis teóricas. Este es el planteamiento que late detrás de las palabras de Galileo cuando dice: «Estoy seguro, por mis observaciones, que el efecto sucederá tal como digo, porque debe suceder así», o «La verdad que es sacada de las pruebas matemáticas es idéntica a aquella que conoce la sabiduría divina» ¡nada menos! La esencia de la Modernidad (esto es, la confianza absoluta en la Razón y la centralidad del sujeto pensante) se expresa por boca de Galileo y se plasma, como se puede ya advertir, en un desafío: que la Razón se desligue de toda autoridad, sea la de la tradición o la de los sentidos.

La Ciencia Moderna inaugura así un nuevo periodo de la historia del pensamiento occidental que debuta con el inicio de la Razón como factor de dominio del mundo, el correlato antropológico es “el conquistador del mundo” y el opresor de “los otros”. El desarrollo de la nueva ciencia constituye el factor cultural que más poderosa y decisivamente influye en el nacimiento de la Filosofía Moderna, entendiendo por tal una Filosofía propia e independiente que confía en la sola fuerza, en la sola luz de la Razón, para construir todo el edificio del conocimiento. El sujeto portador de esta *nueva forma de la razón*, distinta a la razón griega, en tanto es ahora un instrumento del conocimiento científico, con su metodología y la medición matemática, se sentirá *un nuevo hacedor de mundos*.

Una vez que ha dejado atrás la angustia renacentista, y ha superado el miedo religioso, avanza con la certeza de saber quién es y para qué está sobre la Tierra, es conocedor del destino que se la ha encomendado: conquistar, someter, transformar, inventar, y todo ello con la mirada de quien sabe convertir en oro todas esas habilidades. Sostiene Enrique Dussel⁴ (1934) que la construcción de este hombre moderno tiene dos

⁴ Académico, filósofo e historiador argentino. Actual rector Interino de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México. Es reconocido internacionalmente por su trabajo en el campo de la Ética, la Filosofía Política y la Filosofía latinoamericana, y en particular por ser uno de los fundadores de la Filosofía de la Liberación.

pilares: el cogito (razón) cartesiano⁵ y el conquistador (conquistador) de Hernán Cortés⁶ (1485-1547). Estas dos figuras se perfilan como un modo de comprender el espíritu de época, clima cultural de los primeros pasos del hombre moderno, burgués, seguro de sí mismo.

La crisis de la modernidad

Parto de la tesis sustentada en que la posmodernidad es el resultado del ocaso de la modernidad y, por lo tanto, necesariamente una época de crisis.

La declinación cultural —expresada, como en otras circunstancias históricas similares, en un proceso de relajamiento de las normas sociales, de los valores imperantes, con sus correlaciones intersubjetivas— desgarnece el entramado de las relaciones que unen a las personas entre sí. El piso ético se resquebraja y se torna movedizo. El sujeto portador de la subjetividad posmoderna es el emergente más claro de tales consecuencias. Entonces, para hablar de subjetividad en esta época de crisis, es necesario entender la potencia de este concepto y sus ambivalencias. La palabra “crisis” viene del griego *krisis* y significa ‘separar’ o ‘decidir’; la segunda acepción denota, también, el momento de decisión que abre camino ante una *encrucijada nueva*. También derivan de allí las palabras “crítica” —‘análisis o estudio para emitir un juicio’— y “criterio”, ‘razonamiento adecuado’. He apelado a la etimología de estos términos por tratarse de un recurso que favorece un pensamiento de mayor profundidad.

Este rico juego de posibilidades de interpretación nos permite superar el restringido e inflexible uso que convierte la crisis en una situación próxima al desastre. Aceptado el aspecto que habla de lo no deseado, debemos agregarle ahora la posibilidad de la desarticulación de lo anterior existente como potencial emergencia de algo nuevo. Siguiendo esta línea de pensamiento, podemos ahondar en las promesas que la etimología nos ofrece y preguntarnos: ¿qué tipo de oportunidad?; ¿oportunidad para qué?; ¿qué promete y a qué nos invita? En este punto, debemos dejar dicho que el modo de enfrentarnos con este tipo de estados socioculturales depende, en gran parte, de las subjetividades que asumen la situación en toda su amplitud y elaboran respuestas posibles ante ellos. Las potenciales réplicas resultan de la condición espiritual de los actores, en su carácter de persona única e irrepetible, y de los componentes socioculturales largamente amasados por la conciencia colectiva histórica.

Voy a afirmar lo siguiente: para responder ante la crisis, no hay respuestas únicas, mecánicas, que incluyan a todos; eso no es humano y sólo puede funcionar como hipótesis en las mentes que piensan en términos estructurales, como si el *todo social* marchara independientemente de los actores sociales. La creatividad de cada persona — *potenciada* o *mutitada* por las corrientes que cruzan el momento del espacio público, entramada en el conjunto de acciones individuales— dará una resultante que de ninguna manera puede esperarse como necesariamente predecible o, al menos, aproximativa. La historia ha enseñado la alta variabilidad con que cada pueblo, en circunstancias análogas, asumió y respondió en cada caso. Y la experiencia da cuenta de tantas *singularidades*, de imposible pronóstico, que han presentado un cuadro novedoso, aunque pueda pasar inadvertido para aquellos que “tienen ojos y no ven; tienen oídos y no oyen”.

⁵ El cogito (el pensamiento racional) es la primera verdad en el orden del conocimiento, según Descartes; y ello en dos sentidos: por una parte porque es la primera verdad a la que llegamos cuando hacemos uso de la duda metódica, y en segundo lugar porque a partir de ella podemos fundamentar todas las demás.

⁶ Conquistador español del imperio azteca en 1519 (hoy el centro de México).

La historia humana es un caleidoscopio de situaciones que, con el correr del tiempo, permite descubrir cuánta creatividad ha demostrado en las respuestas ofrecidas. Apreciarlas o no es el resultado espiritual del abanico comprendido entre la esperanza y el escepticismo.

Estamos atravesando uno de esos tiempos de crisis. El clima de época condiciona las subjetividades y los estados de ánimo consecuentes que genera. El tema del *buen vivir* en el que iremos introduciéndonos exige la reflexión sobre ciertos aspectos previos que no merecen ser soslayados. Hablé antes de la mirada estructural que genera una fisura en su modo de apreciar la realidad sociohistórica. Esa visión coloca en veredas enfrentadas al actor social, con su biografía y sus resultados en un momento dado, ante los procesos complejos que discurren su acontecer con un frío desentendimiento de las personas participantes. Pensar de este modo es el resultado de la mentalidad científica que fragmenta el *todo social* en espacios específicos, poco conectados entre sí: para este caso, el de la psicología y el de la sociología.

Una propuesta de filosofía de vida

El título de estas páginas contrapone dos figuras cuasi ideales, por su tratamiento como dos conceptos abstractos que sólo cobrarán vida y colores más intensos en historias personales. Plantearlo en estos términos nos permite enfocarlos teóricamente, con el necesario distanciamiento de la multiplicidad infinita de casos individuales. Abstraer rasgos generales comunes a todos ellos, aceptando el grado de arbitrariedad que encierra una selección de este tipo, abre un campo más extenso y habilita una mirada más amplia y general. Nos encontramos en una coyuntura que nos presenta, siguiendo esta estrategia, la manifestación espiritual de época expresada en dos figuras: la que conforma la subjetividad moderna —sostenida por las certezas de la cultura de los últimos tres siglos— y la posmoderna, que padece el desgaste de las tantas promesas incumplidas, razón por la que se sumerge en un gris escepticismo —«La vergüenza de haber sido y el dolor de ya no ser»—, cubierto por una actitud pretendidamente sostenida sobre el ejercicio de una libertad sin compromiso y sin restricciones.

Sobre este clima, que embarga a gran parte de la cultura occidental moderna, flota la desazón, la desorientación, el sinsentido que esmerila lo mejor de nuestros sueños y nos precipita en un abismo sin fondo y sin más allá. Enfrentar el problema de la transición hacia otras formas de vida individual y colectiva, mejores, más humanas, posibles no es tarea sencilla. La decadencia de la modernidad es irrespetuosa con los mejores sueños que pudimos tener; es implacable con la esperanza que acariciaba dulces utopías; es irreverente ante las creencias que alimentaban y proyectaban la vida hacia un futuro esperable; se nos presenta como una Parca que insinúa con su gélida sonrisa la anticipación de un destino no querido pero inexorable. Todo ello está presente ante todos nosotros, aunque intentemos torcer la mirada para ignorarlo. La subjetividad se ve acuciada con esos anuncios y se cobra su precio en lo más íntimo de nosotros.

Sin embargo quiero expresar mi convicción, sostenida en la certeza de que todo es superable si somos capaces de construir una realidad individual y colectiva que aliente el espíritu de lucha. En consecuencia, no debe faltar una buena dosis de esperanza para acumular en nuestra mochila de caminante la convicción de que la historia puede ser reconducida hacia otro territorio. Sin olvidar la aún considerable reserva de los mejores sentimientos solidarios mostrados por el hombre a lo largo de su milenaria presencia, aunque ocultos por los relatos. Agregando la convicción de que la historia ha sido siempre el resultado de la convergencia de

fuerzas e ideales sostenidos con diversos resultados, y que han sido los hombres, con conciencia o sin ella, quienes han empujado el carro de la historia hasta el sitio donde hoy se encuentra.

Para seguir avanzando en una primera aproximación, convoco el pensamiento de la doctora en Psicología Social, profesora Mirtha Cucco, egresada de la Universidad Complutense de Madrid. Su aporte a estas páginas parte de formular algunas preguntas, como comienzo del tratamiento del problema sobre el camino de salida de la crisis que es, al mismo tiempo, el de entrada en un *mundo diferente*.

¿Cómo transformarnos y transformar la sociedad a partir de ser hombres y mujeres enteramente capitalistas, contruidos con las lógicas del capital? Esto nos sitúa en la necesidad de sentar las bases de una praxis que ligue los contextos micro y macro sociales y transforme la realidad interna no menos que la externa. Nos enfrentamos aquí con una gran asignatura pendiente en el ámbito de la intervención político-social, que tiene que ver con el modo en que se soslaya, cuando no se desprecia como problema menor o sujeto al ámbito de la responsabilidad de cada uno para con su vida, el tema de la propia subjetividad en juego, construida con las mismas categorías de aquello que se pretende transformar.

Sus interrogaciones se afirman en la tesis de que no puede pensarse por separado lo que define como el contexto *micro* y el *macro*. Advierte que deberemos enfrentar una paradoja: lo que pretendemos *modificar* está construido con la misma materia con la que nos proponemos llevar adelante la tarea desde cada uno de nosotros.

Reflexiones sobre la vida como tal

La relación que se entabla entre la conciencia y la vida exterior está enmarcada, desde su mismo origen, por las características propias de esa novedosa forma de vida que es la humana. Para lograr una comprensión más acabada y profunda, podemos pensar ese proceso desde dos dimensiones que se complementan:

Según la investigación *filogenética*, es decir, desde la aparición del *género homo*, se entabla una dialéctica por la cual se va condicionando mutuamente la configuración de la vida comunitaria, la cultura y su reflejo en la subjetividad primigenia. Cada una de ellas se desarrolla de modo acompasado, construyendo dos caras de un mismo proceso. La subjetividad es el modo individual por el cual cada miembro de la comunidad originaria configura su conciencia, que crece colectivamente en su proyecto de dominar el *mundo circundante*. Este es el resultado del trabajo social de todos.

Ontogenéticamente, es decir observando la maduración de un bebé en su relación con su madre, primero; con el entorno familiar, después; por último, su incorporación al medio social, muestra un proceso similar. En ambos casos, se evidencia la estrecha relación entre el modo de ser de la subjetividad de cada persona y el del medio cultural.

La doctora Cucco, cuyo trabajo venimos leyendo, traslada ese planteo a un escenario determinado: la sociedad capitalista. Esto nos permite acercarnos al modo específico en que se ha ido estructurando la subjetividad posmoderna:

Ahora bien, para ocuparnos de la transformación de nuestra propia subjetividad en juego, será necesario determinar el proceso que genera una realidad e individuos afines a ella, aptos para reproducir un orden dado. Será preciso relacionar una formación económico-social [un modelo cultural] con el devenir subjetivo. Será necesario entender cómo se "fabrican el hombre y la mujer capitalistas". Será imperioso identificar nuestros comportamientos para no luchar por la autonomía, a

la vez que en nuestra vida cotidiana reproducimos los de dependencia. Será de gran utilidad comprender el papel de las formaciones sociales imaginarias dentro de la institución de la sociedad: no sólo se trata de un modo de producción económica, sino de un modo de producción social.

En las sociedades tradicionales, los mecanismos específicos y las identificaciones estaban en la superficie de los procesos sociales, por lo cual analizarlos era una tarea relativamente sencilla. En cambio, la complejidad de la sociedad moderna, potenciada por la aparición de su modo industrial capitalista, obliga a la utilización de instrumentos conceptuales mucho más finos y precisos. De allí que el lenguaje de nuestra investigadora se torne un tanto inaccesible: subraya y acentúa lo adelantado en el párrafo anterior. Señala la necesidad de deconstruir el mecanismo por el cual se "fabrica el hombre y la mujer capitalista". Y en este avance del análisis, advierte la necesidad de evitar caer en la trampa de pensar la *subjetividad* y las *relaciones sociales* como fenómenos autónomos, aunque se los califique como relacionados. En este juego, la autora denomina *formaciones imaginarias sociales* a los modos por los cuales la subjetividad asume como propio lo recibido del medio social, aunque no sea totalmente consciente de ello. La subjetividad resultante, pensada de esta manera, es siempre derivación de las relaciones dentro de un marco cultural; por lo tanto, su autonomía es, en gran parte, una forma engañosa de ignorar la dependencia.

Lo expresa con estas palabras:

Por el contrario, no hay personas o cosas a las que se agreguen cualidades por estar en el sistema capitalista, sino que la relación capitalista es la condición de estar mediada por personas y cosas capitalistas. Así, la conciencia mitificada de las personas capitalistas es una condición del funcionamiento de una economía capitalista. Si los cambios político-sociales no caminan junto a la liberación de la psiquis del individuo, si se apuesta por lo social negando la subjetividad, toda construcción va a ser autoritaria.

Al colocar dentro de un marco específico: la sociedad capitalista, ahora en su etapa posindustrial, la subjetividad adquiere sutilezas que debemos poder detectar y explicitar. Si aceptamos lo ya dicho: Lo que instituye, materializa y hace posible una sociedad, está dado por la estructura de unas relaciones sociales, junto a la producción de universos de sentido que dice que "las cosas son como son". El lenguaje coloquial menciona muchas veces lo que se denomina el "sentido común" – agregando que es el "menos común de los sentidos" – para hacer referencia a tantas ideas compartidas que no requieren mayor aclaraciones. Si bien ese "sentido común" existe y trabaja cotidianamente, es mucho más de lo que se dice con esa expresión. El concepto "imaginario social" es más preciso y alude a un universo de cosas que escapan a la percepción del *ciudadano de a pie* pero que condiciona todo su modo de percibir y pensar. Ese imaginario funciona, podría decirse, subliminalmente, por debajo del umbral de la conciencia, pero es muy efectivo en la producción de ideas y concepciones sobre el mundo exterior.

La sociedad de posguerra avanzó mucho en el conocimiento de los mecanismos de producción de ese plexo de ideas, dedicó muchos recursos y esfuerzos de investigación de sus mejores centros y universidades para someterlo a las necesidades de un poder que se iba globalizando. Erich Fromm (1900-1980) escribía a mitad de los sesenta del siglo pasado:

Las aplicaciones de la psicología se han generalizado a partir del manejo del consumidor y del trabajador, al manejo de todo el mundo, a la política. Mientras la idea original de la democracia se basaba en el concepto del ciudadano responsable y con ideas claras, en la práctica esto se

distorsiona cada vez más, por la utilización de los mismos métodos que se desarrollaron primero en la investigación de mercado y en las "relaciones humanas".

A esta denuncia debemos agregar el manejo de los medios de comunicación, sobre lo que volveré en seguida. Avanza la Doctora Cucco:

Así, desde la articulación de un universo de significaciones imaginarias sociales que operan como corrientes de sentido, se puede regular el comportamiento de las gentes. La institución familiar es un ámbito privilegiado para realizar, paso a paso, este disciplinamiento de los comportamientos. Siempre, por lo tanto, todo lo que una sociedad establece como real conlleva una carga imaginaria. Aquello asumido como realidad social ("el empresario crea puestos de trabajo", "siempre existieron los pobres", "esto es natural de las mujeres", "los hombres son egoístas por naturaleza", etc., etc.) conlleva una interpretación colectiva solidificada socialmente y arraigada en las subjetividades.

El capitalismo es mucho más que un modo de producir y distribuir bienes necesarios – y de los otros–. Para lograrlo fue introduciendo en la conciencia colectiva valores y pautas de conducta que fueron transformando su idiosincrasia. Utilizo este concepto en el siguiente sentido:

La idiosincrasia (del griego "temperamento particular") es un conjunto de características hereditarias o adquiridas que definen el temperamento y carácter distintivos de una persona o un colectivo. Identifica las similitudes de comportamiento en las costumbres sociales, en el desempeño profesional y en los aspectos culturales. Las relaciones que se establecen entre los grupos humanos según su idiosincrasia son capaces de influir en el comportamiento individual de las personas, aun cuando no se esté convencido de la certeza de las ideas que se asimilan en masa.

El proceso de este paulatino cambio que se fue dando en la Europa de los siglos XVIII y XIX, a partir de la Revolución industrial, transformó a lo que podemos denominar el *hombre tradicional*, comunitario, fraterno, solidario, en un *hombre individualista y competitivo*, que fue acentuando estas características de su personalidad hasta aparecer consolidada en el siglo XX.

Las relaciones capitalistas

Podemos afirmar, como tesis que sustentará los pasos siguientes, que el capitalismo aparece y crece indisolublemente unido a las alteraciones de los perfiles individuales, de las instituciones, de las relaciones sociales, políticas y económicas. El orden social naciente busca, entonces, instituir interpretaciones dominantes que se arraiguen en las subjetividades, al clausurar toda tentativa de cuestionamiento o interrogación, que acarrearía serios riesgos de debilitar el entramado de ideas y certidumbres sobre las que se comienza a asentar la nueva identidad colectiva. Esta institucionalización de significaciones, entendimientos básicos y valores que fundamentan el nuevo orden definen, al mismo tiempo, las condiciones de lo pensable y lo factible. De ese modo, se mantendrán unidas y consolidadas la sociedad naciente y la subjetividad colectiva correspondiente.

Así toda formación económico-social "sujeta" su orden; cabe decir, también, que la sociedad es intrínsecamente historia y, frente a lo instituido, se pueden operar nuevos procesos instituyentes. En este sentido, queremos rescatar la vida cotidiana como un lugar privilegiado para la intervención de estos procesos. A pesar de ser considerada con cierto desdén como lugar de lo mero empírico, es imprescindible su estudio toda vez que se quiera comprender la interrelación entre el mundo económico-social y la vida humana. La vida cotidiana es el espacio idóneo para observar cómo se materializa una formación económico-social dada; cómo se instituyen sujetos acordes con ese orden

dado; cómo se invisibilizan los malestares que genera, dándoles estatus de normales y dejándolos sujetos a una queja sin análisis ni consecuencias, conformándose el estado de conformismo generalizado.

Este párrafo de la Doctora Cucco agrega precisiones que abren un abanico de ideas respecto de cómo se consolida un orden social y, al mismo tiempo, cómo se van configurando nuevos mecanismos de cambio hacia un posible avance en la búsqueda de un perfeccionamiento que prometa una sociedad cada vez más humana.

El cambio social va acumulando pequeñas correcciones, producidas por otras tantas innovaciones de las conductas cotidianas que pueden pasar inadvertidas para los ciudadanos de a pie. Pero la acumulación de estas modificaciones en un momento actúa como las placas tectónicas profundas, en cuyos choques hacen sentir la fuerza del cismo. Los grandes cambios revolucionarios han sido precedidos por procesos similares. En momentos históricos en que las fuerzas sociales confrontan sus intereses, sus contemporáneos no siempre las viven como el cambio deseable; muchas veces se han presentado como un enorme caos social que arrasa con el orden existente. Además, como sucede habitualmente cuando el pensamiento acerca de la posibilidad de un mundo mejor se proyecta hacia lo exterior de las subjetividades humanas —como una necesidad de transformar las estructuras sociales, económicas, políticas—, se pierde de vista que están constituidas por una cantidad infinitas de pequeñas acciones personales, sustentadas por los valores e ideas imperantes.

Rara vez en la historia, los actores de los grandes cambios sociopolíticos fueron conscientes de qué estaba sucediendo. Hoy mismo, en todas partes del planeta, se van produciendo modificaciones no percibidas por su dimensión como cambios; pero después, desde la perspectiva histórica, se las define como procesos revolucionarios. Por tal motivo, prestar atención a los procesos individuales y grupales es parte esencial de un aprendizaje colectivo de percepción de los pequeños cambios emergentes que pueden anunciar las grandes reestructuraciones posteriores. Se puede decir que hay siempre pequeños laboratorios sociales que experimentan en la dimensión micro lo que posteriormente se proyectará en lo macro. Esos laboratorios van incubando los nuevos sujetos sociales que portarán, a su vez, las nuevas subjetividades creadoras de una nueva sociedad.

Debemos ahora aventurarnos en el análisis de los nuevos escenarios posibles y deseables, con la conciencia de que estamos proyectando mundos posibles que requieren subjetividades acordes. Éstas deberán encarnar ese cambio, fruto de los consensos que se hayan ido tejiendo.

Los problemas para pensar el futuro

Como tesis para la comprensión del proceso de cambio al cual pensamos dirigirnos, debo plantear que los obstáculos son muchos más de los deseables o esperables. Es indispensable saberlo de antemano para no perdernos en un laberinto de ideas desalentadoras. Además, los tiempos del cambio no son homogéneos, los tiempos individuales son necesariamente diferentes, y ese acompañamiento será una tarea nada sencilla. Debe contarse también con las fuerzas que se niegan a cambiar por las más diversas razones, y suponer una sucesión de etapas asincrónicas que impondrá un trabajo de coordinación de parte de los sectores propuestos a liderarlo. Sostiene la doctora Cucco, como modos de proceder:

En relación con los procesos de transformación, los consensos instituidos no desaparecen fácilmente, y perduran en sus efectos, a pesar de los cambios en las condiciones sociales y materiales. Liberarse de los aspectos instituidos que son parte constituyente de nosotros mismos implica, por tanto, dentro

de la intervención social, realizar acciones específicas y de modo propositivo, ya que supone estar trabajando sobre temas que nos atraviesan de parte a parte. Se puede trabajar una metodología participativa, pero si no se dan las condiciones de reconocimiento y de trabajo sobre nuestras actitudes autoritarias que se arrastrarán por un tiempo, nuestro saber y nuestras mejores intenciones pueden fracasar.

Los necesarios obstáculos que impone el pasado, incrustado en nuestras conciencias, plantearán una dura batalla interior que no debe soslayarse. Esa tarea, denominada *la batalla cultural*, debe ser asumida, en primer lugar, por los sectores sociales que lideren el cambio; se obtendrá de allí un aprendizaje necesario para compartir y transmitir al conjunto. Agrega detalles de este proceso, como un diagnóstico necesario para tener en cuenta:

Las circunstancias sociales actuales afectan seriamente los procesos de un crecer saludable. La apología del cumplimiento inmediato de deseos, de la baja tolerancia a la frustración, junto al desprestigio de las normas y la dificultad adulta de poner límites adecuados, la falta de esfuerzo y la inmediatez que niega la idea de proceso dificultan los procesos de aprendizaje de vida. Cada vez más encontramos descontrol de impulsos y agresividad, junto a dosis de sobreestimulación de cosas que no pueden procesar, y promesas de abastecimiento absoluto. Un mal reaccionar suplanta la deseable relación intersubjetiva y muestra indicios del hundimiento de los espacios simbólicos. Las personas de hoy “hablan mucho, escuchan poco y piensan nada” expresaba con preocupación un analista social. El neoliberalismo y su gran industria de producción de subjetividad atacan hoy el núcleo mismo del proceso que nos constituye como sujetos autónomos.

Esta descripción de temas por considerarse no debe ser entendida como un impedimento de producir el cambio; sólo propone una mirada lo más realista posible para abordar las propuestas superadoras. Asumir así la inmensidad de la tarea realizable incluye los tiempos necesarios para alcanzar, al menos en parte, los objetivos propuestos.

Comencemos a pensar el *buen vivir*. Una pregunta obligada que debe intentarse responder es: ¿qué se entiende por buen vivir? Esta pregunta es parte de un debate que se añade a las agendas de los movimientos sociales de todo el planeta. Es un concepto procedente de los países andinos, y se ha incorporado a la reflexión de tantos pueblos y culturas que se proponen superar las condiciones de vida del Occidente actual. El “buen vivir” es una expresión con capacidad de expresar mucho de los cambios profundos que se van produciendo, señal de un camino hacia un horizonte deseado de diversos modos que tienen en común el sueño de un mañana más humano. Es un concepto contemporáneo alimentado con las luchas y prácticas de los modos de vida andinos. Sirve hoy, en todas las culturas, para cuestionar los fundamentos de nuestra civilización y, por tanto, para incitarnos a reflexionar acerca de la vida buena.

Una conciencia diferente

Entonces, a partir de este cuestionamiento, el buen vivir promueve una toma de conciencia que se va extendiendo desde los sectores marginados hacia las capas medias. Éstas, en su camino de pérdida de conquistas y de mejoras sociales percibidas ya como algo difícilmente recuperable reciben el mensaje esperanzador de un posible mundo mejor: el buen vivir. Un movimiento sintetizador de estas propuestas es el Ecosocialismo, cuyo título habla de una síntesis entre el viejo socialismo, ahora remozado y reformulado, y

los movimientos ecológicos cuyas propuestas mostraban una despolitización que las convertía en poco viables. Enunciada su postura, sostienen:

Por un lado, interpela los fundamentos de la civilización industrial capitalista, partiendo de las críticas a un modelo basado en el extractivismo y el consumismo. Por otro lado, invita a pensar en la vida buena, que a diferencia de la felicidad (algo "privado" y "psicológico"), se basa en elementos básicos que el Estado debería promover y que los ciudadanos tienen el derecho de disfrutar y desarrollar por completo: salud, seguridad (física o económica), respeto, libertad para actuar con autonomía, armonía con la naturaleza, lazos afectivos con los demás y con la comunidad...

Agrego a esto las afirmaciones del doctor en Ciencias Políticas Internacionales, profesor Matthieu Le Quang, quien colaboró con la Secretaría Nacional de Planificación y Desarrollo de Francia, en la elaboración del Plan Nacional para el Buen Vivir. Sostiene en un libro de reciente publicación, *Ecosocialismo y buen vivir*:

El mundo atraviesa una crisis económica, social, ecológica y cultural que exige buscar soluciones innovadoras. Al ser global, invalida las soluciones locales, y al ser multidimensional, imposibilita adoptar recetas como las aplicadas en 1929, a raíz de la crisis, que produjo grandes pérdidas para los ecosistemas y para los países del Sur. Por el contrario, exige un profundo cuestionamiento de los fundamentos y valores de la sociedad en la que vivimos. Partiendo de la crítica al sistema imperante, se deben plantear alternativas. El objetivo de este libro es permitir un diálogo constructivo entre diferentes propuestas que se inspiran en culturas y cosmovisiones diversas, promoviendo un enriquecimiento mutuo entre el Buen Vivir y el ecosocialismo.

La propuesta de este autor abre el análisis sobre tres corrientes, dentro del Buen Vivir: la «culturalista», la «ecologista» y la «ecomarxista». El paso propuesto es morigerar el antropocentrismo de la cultura occidental desplazándose hacia un biocentrismo. La propuesta del *Buen Vivir* permitiría integrar una mayor preocupación sobre las cuestiones ambientales. Su tesis defiende el aporte marxista puesto que se lograría, de este modo, desarrollar su crítica al capitalismo y fortalecer los argumentos en torno a los cambios necesarios en las relaciones sociales, económicas y políticas. La mirada culturalista, además, agrega la integración de la problemática en la crítica a las desigualdades dentro de los pueblos indígenas. A la vez, contribuye a repensar la oposición Occidente-pueblos indígenas, sin invalidarla.

Un importante pensador, el filósofo y teólogo Leonardo Boff⁷ (1938), que ha desarrollado una larga lucha de denuncias acerca de la tendencia a menospreciar el hábitat en los congresos y foros políticos y económicos, denominó a ese tipo de conductas: "ecocida" ('deterioro del medio ambiente y de los recursos naturales') y "geocida" ('que atenta contra la vida toda en la Tierra'). Afirma:

Hay una aguda patología inherente al sistema que actualmente domina y explota el mundo: la pobreza, la desigualdad social, el agotamiento de la Tierra y el fuerte desequilibrio del sistema-vida. Las mismas fuerzas e ideologías que explotan y excluyen a los pobres también están devastando toda la comunidad de vida y socavando las bases ecológicas que sostienen el planeta Tierra. Para salir de esta situación trágica estamos llamados, de una manera muy real, a reinventarnos como especie. Para ello necesitamos una sabiduría que nos lleve a una profunda liberación/transformación personal, pasando de señores sobre las cosas a hermanos y hermanas de las cosas. Esa transformación implica también una liberación/reinvención colectiva a través de otro diseño ecológico, que nos impulse a respetar y a vivir de acuerdo con los ritmos de la naturaleza. Debemos saber qué extraer de ella para nuestra supervivencia colectiva y cómo aprender de ella, pues ella se estructura

⁷ Escritor y ecologista brasileño. Se doctoró en Teología y Filosofía en la Universidad de Múnich, Profesor de Teología y Espiritualidad en varios centros de estudio y universidades del Brasil y del exterior, y profesor visitante en las universidades de Lisboa (Portugal), Salamanca (España), Harvard (EUA), Basilea (Suiza) y Heidelberg (Alemania).

sistémicamente en redes de inter-retro-relaciones que aseguran la cooperación y la solidaridad de todos con todos y dan sostenibilidad a la vida en todas sus formas, especialmente a la vida humana. Sin esta cooperación/solidaridad nuestra con la naturaleza y con los seres humanos, no encontraremos una salida eficaz.

Un alto en el camino

A lo largo de estas páginas, hemos considerado esa compleja dialéctica en la que está necesariamente inmerso el sujeto humano desde sus orígenes, como ya quedó dicho. Como un punto de quiebre de este milenario proceso, la Revolución Industrial fue un salto determinante, configurador de un nuevo perfil de sujeto. La Modernidad había trazado sus líneas generales y acentuado los rasgos individualistas que fueron aislándolo del juego de las relaciones solidarias tradicionales, heredadas entre los siglos XI y XV, en la Europa occidental. Esa revolución sumergió al sujeto moderno en el mar de las multitudes de las grandes ciudades.

La paradójica situación de los siglos XX y XXI —que crea un nuevo escenario, la sociedad posindustrial— mostró otra novedad: vivir aislado y acorralado en el seno de la muchedumbre de la sociedad de masas. La sociedad de la comunicación encuentra a este sujeto encerrado en sí mismo. Esto explica, en parte, la ansiedad y la angustia imperantes.

El *bien-estar* (no, el buen-vivir) como forma y meta de la búsqueda de una felicidad propuesta desde el mercado, halla una satisfacción efímera comprando los bienes de la lista de las necesidades insatisfechas, prolongada hasta el infinito, en tanto los modos satisfactorios son pasajeros y evanescentes. El profesor Mateo Aguado⁸ ha investigado el tema del paradigma de la satisfacción, y señala las dificultades de la disparidad de criterios que lo rodea. Sostiene:

Esta falta de acuerdo ha condicionado en gran medida las dificultades de su evaluación, a la vez que ha ralentizado su ascenso como paradigma emancipatorio frente al discurso dominante del dinero; un discurso que, bajo denominaciones como *bienestar económico* o *nivel de vida*, ha penetrado profundamente en el imaginario colectivo (sin ser, ni mucho menos, sinónimo de una vida buena). A la hora de abordar la evaluación del bienestar humano es importante establecer una nítida distinción entre sus dos posibles dimensiones: la *objetiva* y la *subjetiva*. Mientras la primera de ellas se centra fundamentalmente en los aspectos materiales, la segunda captura la evaluación que los individuos tienen sobre sus propias circunstancias (es decir, lo que piensan y sienten).

Es muy interesante el planteo temático de las dos dimensiones, muchas veces diluidas en este tipo de investigación. La *subjetiva*, que podría asimilarse a un concepto análogo, la *sensación térmica*, depende de cada cultura y cada momento histórico, lo que hace muy difícil trazar comparaciones o modelizar su análisis. Hoy, el peso determinante de la cultura consumista marca a fuego la conciencia colectiva y la sume en una carrera inacabable. En tanto el tema se plantee en esos términos, avanzar es claramente frustrante. Sin embargo, no es menos difícil abordar la dimensión *objetiva*, puesto que las *necesidades* están trabajadas por los *deseos*, en medio de un mercado publicitario de alto poder de fuego.

⁸ Licenciado en Biología por la Universidad Complutense de Madrid, Máster Universitario en Cambio Global por la Universidad Internacional Menéndez Pelayo (UIMP) y el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC). Investigador del Laboratorio de Socio-Ecosistemas de la Universidad Autónoma de Madrid.

Colocados frente a este panorama, no podemos menos que tomar nota de la disparidad de fuerzas con la que debe afrontarse la *batalla cultural* en curso. El sujeto posmoderno ha caído en el desánimo, en la abulia, en el conformismo, en la derrota o, negando todo ello, se entrega gozoso al disfrute individual, engañoso y esterilizador. Cualesquiera de estas actitudes está lejos de abandonar el paradigma del bien-estar, para comenzar a aproximarse al buen-vivir.

Se torna necesario recuperar —para abrir una brecha hacia adelante en esta investigación— una dimensión humana postergada, abandonada o desvalorizada en este largo último tiempo, la *dimensión espiritual*. Este concepto, para gran parte de la conciencia colectiva actual, presenta aristas inaceptables o de difícil digestión, en tanto se las asimila al tratamiento que las religiones tradicionales han efectuado de ellas, o a las que han irrumpido en manos de las olas de la *New Age*⁹, que han penetrado, a través de los medios y librerías especializadas, con la promesa de recetas fáciles.

Hacia la construcción de una nueva subjetividad

El concepto *subjetividad* debe ser entendido, para nuestra utilización, como la dimensión personal que se refiere a lo más profundo de la conciencia, a lo que pertenece íntimamente al sujeto; es decir, a cierta manera de sentir y de pensar, propia de aquel. Pero, como hemos visto, ese nivel de la persona no deja de ser una consecuencia del marco cultural en el que nace y crece, aunque se va convirtiendo en un modo adecuado para su realización como única e irremplazable.

Para profundizar el análisis que realizamos, y abrir aún más la brecha por la cual nos filtramos hacia un posible futuro mejor, propongo que denominemos *espiritual* a esa dimensión, sin que esto suponga un sesgo teológico en nuestra investigación. Podemos pensar que

Referido a una persona, representa una disposición principalmente moral, psíquica o cultural, que posee quien tiende a investigar y desarrollar caminos de compromiso con un tipo de valores. Es decir, un conjunto de creencias y actitudes éticas que, en la tradición judeocristiana, supone una relación de comunidad con los otros y un servicio a los más necesitados como características fundamentales de la vida espiritual. Esta decisión implica habitualmente la intención de experimentar estados especiales de bienestar, como la salvación o la liberación, personal y comunitaria. Se relaciona asimismo y necesariamente con la práctica de la virtud.

Como quedó ya dicho, la experiencia de los pueblos originarios es un buen punto de partida para pensar, desde nuestra situación actual, caminos propios que tiendan puentes entre esa herencia —la occidental moderna, con sus más y sus menos, dentro de la historia latinoamericana— y la buena vida en práctica en esos pueblos. No para copiar, sino para enriquecer nuestras posibilidades.

El Canciller de Bolivia, David Choquehuanca, junto a la dirigente sindical aimara, Ruzena Maribel Santamaría Mamani, nos ofrecen algunas precisiones para pensar en este no tan sencillo tema:

El Suma Qamaña (en aymara « Buen Vivir ») está basado en la vivencia de nuestros pueblos, significa vivir en comunidad, en hermandad, y especialmente en complementariedad, es decir compartir y no competir, vivir en armonía entre las personas y como parte de la naturaleza. El Suma Qamaña está reñido con el lujo, la opulencia y el derroche, está reñido con el consumismo. No es lo

⁹ El término Nueva era o New age —utilizado durante la segunda mitad del siglo XX y principios del XXI— se refiere a la Era de Acuario y nace de la creencia astrológica de que cuando el Sol pasa un período (era) por cada uno de los signos del zodiaco, se producen cambios en la Humanidad.

mismo que el vivir mejor, el vivir mejor que el otro, a costa del otro. No buscamos, no queremos que nadie viva mejor. Queremos que todos podamos vivir bien. Por otra parte, para vivir mejor se enseña a competir, por ejemplo, para ser el mejor alumno del colegio, para vender más, ganar más plata, buscar más lujo a costa de los demás. Robar, atentar contra la naturaleza, mentir, no es Suma Qamaña. Eso posiblemente nos permita vivir mejor, pero no es Suma Qamaña, ya que para el vivir mejor, frente al prójimo, es necesario explotar, se produce una profunda competencia, se concentra la riqueza en pocas manos.

La *Suma Qamaña*, explican, es basarse en el *Ama Sua* ('no robarás'), *Ama Llulla* ('no seas flojo') y *Ama Qhella* ('no seas mentiroso'). Son sus códigos principales, recogidos también por la Constitución Política del Estado Plurinacional de Bolivia. Es fundamental para ellos que dentro de las comunidades se respeten estos principios, para alcanzar un buen vivir.

Las preguntas por los *cómo*, los *cuándo*, los *con qué*, los *con quién* no tienen respuestas únicas. Este tema, desde las dificultades que presenta, fue abordado por la socióloga ecuatoriana Irene León, de la Fundación de Estudios, Acción y Participación Social (Fedaeaps), en una conferencia dictada en la Academia de Socialismo XXI. Sostuvo:

El patrón civilizatorio, impuesto a escala planetaria, se levanta sobre diversos cánones de dominación, principalmente aquel de la preeminencia del "hombre" sobre la naturaleza, sobre las otras personas y el conjunto de lo viviente. Desde esa perspectiva, se han organizado las formas de vida, de producción y las relaciones entre personas y sociedades. Entre las consecuencias de tal enfoque resultan: un mundo polarizado, marcado por las desigualdades sociales y económicas; un planeta con altos riesgos para su supervivencia; una humanidad inmersa en crisis persistentes y consecutivas, entre otras. De allí, la necesidad de cuestionar y replantear este modelo de forma integral, y formular propuestas e iniciativas de cambio civilizatorio, desde la multiplicidad de cosmovisiones que nos son propias, desde las alternativas planteadas más recientemente, y desde las posibilidades de cambio levantadas en la Latinoamérica del Siglo XXI.

Convierte aquellas preguntas en una advertencia respecto de lo que debe plantearse y reflexionar como pasos previos en ese camino del buen vivir. Continuamos en la línea expuesta por la socióloga Irene de León, quien agrega dos ejemplos de procesos similares en marcha:

La "Revolución Ciudadana" de Ecuador (2007) y el proceso que da lugar al estado plurinacional boliviano (2005) sitúan como elemento central la idea del "buen vivir". En ambos casos ligados a la construcción del socialismo. ¿Qué se entiende por "buen vivir"? consiste en dar prioridad a las relaciones armoniosas y de interdependencia entre todo lo viviente, es decir, entre los seres humanos y también en sus vínculos con la naturaleza y el resto de seres vivos. La Constitución ecuatoriana reconoce los derechos de la naturaleza. También en Bolivia se ha otorgado pleno reconocimiento a la madre tierra (Pachamama).

El alcance de esta noción de "buen vivir" implica trascendencias de enorme interés, no para ser copiados, como afirmé anteriormente, sino como ejemplos de personas y pueblos —con sus semejanzas y grandes diferencias— emprendedores de un proceso de cambio. Podemos recordar y aprender que son los hombres los que escriben la historia. Esta afirmación no está de más en épocas de tanto escepticismo. Estos intentos —proyectos, programas, como prefiramos pensarlos— suponen, en primer lugar, romper con las visiones excesivamente antropocéntricas de la cultura moderna. Implican, además, una apuesta a otras formas de producción económica, otras prácticas sociales, que no ignoren las "diversidades". Continúa la socióloga:

No atender exclusivamente a unos derechos económicos y sociales subsumidos en los derechos humanos, sino aumentar la lente para incluir los derechos de la naturaleza, pensados en función de la

reproducción de la vida. En síntesis, “considerar la vida y no el capital como hilo conductor de la existencia”. El “buen vivir” requiere contextualización. No se trata de una iniciativa aislada, sino que adquiere sentido en el proceso de “desneoliberalización” en tres fases impulsado por la “revolución ciudadana” de Ecuador. En los primeros meses de gobierno se produjo un desprendimiento de las instituciones financieras internacionales; se marcó distancias con el FMI y el Banco Mundial para que dejaran de tener potestad sobre su gobierno y, por último, se apuntó a una mayor autonomía respecto al poder de las transnacionales.

Se trata, en definitiva, de proponer una alternativa civilizadora cuyo eje sea “vivir en armonía; que posibilite la reproducción de los ciclos de la vida; y que ponga el énfasis en que para vivir no sólo son necesarios las cosas y los capitales”. Este proyecto de vida nueva tiene un objetivo fundamental y excluyente: buscar la felicidad, lo cual supone una nueva cosmovisión. Esta filosofía del *buen vivir* contiene una cosmovisión con múltiples áreas. Según Irene León,

Es un concepto complejo, históricamente construido, no lineal y en constante resignificación; se trata, más que de un marco cerrado, de una posibilidad: la de romper con el exceso de antropocentrismo, las reglas capitalistas y neocoloniales. ¿Cómo llevar a término esta ambiciosa ruptura? Antes que hablar de plazos inmediatos, se debe asumir una propuesta de transición de largo alcance. Para lo cual hay que apelar a la paciencia. Se apunta a cambios muy hondos, y esto no puede hacerse por decreto; hace falta la implicación de todo el mundo; porque hablamos nada menos que de unos nuevos ejes de convivencia humana. De la que no se excluye la economía del cuidado como elemento de ruptura. No consiste el “buen vivir” en crear islas de “utopías” desprendidas del mundo, como pedazos de ilusión, ni en situarse al margen de los conflictos geopolíticos que atraviesan el continente. El “buen vivir” surge como una propuesta de cambio compartido para una ruptura sistémica.

Creo que queda claro que no habla de un camino fácil, accesible, sin obstáculos, sin impedimentos de poderes que, es sabido, rechazan estos posibles proyectos, ya que estos cambios atentan contra sus privilegios, sus intereses mezquinos, sus proyectos de dominación y explotación. No debemos olvidarnos de que la historia de los hombres se ha planteado en esos términos de intereses contrapuestos. Pero, al mismo tiempo, esa historia nos enseña que ningún imperio fue eterno. Todos fueron derrotados por la voluntad de los hombres que desearon y lucharon por la liberación.

Desensillar hasta que aclare

Para dar un transitorio punto final a estas reflexiones, voy a presentar un modo diferente de pensar lo humano: la *sabiduría*. Desde ella, la comprensión se ahonda, se torna más densa, más profunda, pretende ver y comprender lo que *El principito*¹⁰ advertía: «Lo esencial es invisible a los ojos». Entonces, ¿cómo, qué y desde dónde se mira? La respuesta posible requiere recuperar una dimensión ya aparecida: el *espíritu*, como la disposición que transforma la percepción y el análisis. Esta óptica *deconstruye y reconstruye la realidad* y posibilita, así, el acceso a zonas escondidas detrás de la superficie de la vida cotidiana. Zonas presentes pero ocultas *para el que mira sin ver*, nos advierte Atahualpa Yupanqui. Ese *mirar sin ver* es la condición habitual del *ciudadano de a pie*, arrastrado por una cotidianeidad monótona. No ve, porque no sabe hacerlo; por ello, no se detiene a mirar. Para hacerlo, se impone la tarea de crear interiormente la necesidad espiritual, el deseo

¹⁰ Novela corta del escritor francés Antoine de Saint-Exupéry (1900–1944).

de ver lo *esencial*, lo *invisible* para el desinteresado. Una definición de este *pensar para mirar y mirar para pensar* puede encontrarse en estas palabras:

La filosofía es un caminar que se debe hacer empapándose de lo real, de lo finito y lo infinito, de lo efímero y de lo eterno. Y es un caminar enamorado, un caminar anhelante que nunca debe perder el asombro y la admiración por la maravilla de la realidad... El ser humano no puede agotar lo real, pero tampoco es a lo que está llamado. Al igual que la máxima expresión humana, que es el amor, no necesita agotar al otro para hacerse pleno, el hombre no necesita agotar lo real para ser filósofo... es, en definitiva, "dejar ser a lo real".¹¹

Este pensar predispone una actitud diferente: un mirar enamorado de la vida, un mirar que necesita y quiere comprometerse en la construcción de caminos emancipadores, en la sabiduría de que ello se hace con la compañía de otros, sin los cuales ese caminar se torna estéril.

La buena vida comienza a mostrarse cuando ya estamos en condiciones de vislumbrarla, en disposición de abandonar lo que hace ciega y pesada nuestra conciencia, lo que nos ata a necesidades superfluas y, por ello, enturbia nuestra mirada con las nieblas de las cosas sin sentido.

La milenaria tradición recurría a pequeños cuentos, parábolas, para dejarnos sumergir en las cristalinas aguas de la sabiduría, para encontrar allí un modo distinto de aproximarnos a la felicidad. La escritora y poeta Grace María Nóbrega Alves¹² (1964) nos ofrece la siguiente reflexión:

La felicidad vive ahí. Tiene forma de sonrisa y de perfume del campo cuando las flores pequeñitas revientan en el suelo. Tiene las palabras, vestidas por el sol de la mañana. Se la puede colgar como un collar y se contagia porque quema, ilumina y seduce. Está ahí, en la curva de hoy, escondida bajo las piedras del miedo, de la desconfianza, de la enfermedad... Tenemos que descubrirla. Está a nuestro alcance. Está en las cosas pequeñas que componen las horas de nuestros días, en los silencios iluminados de las miradas que alegran nuestra mirada, en aquellos momentos fríos que nos impiden mirar el cielo. Está en el abrazo apretado de los amigos, en la suavidad de nuestros hogares, en el sabor antiguo de la comida de nuestra casa, que todavía humea, en el beso que nos espera al final del día. La felicidad esta en nosotros: en nosotros con nosotros, en nosotros con los otros, en nosotros con Dios, tenga este el nombre que tenga.

A veces nos engañamos en la forma de buscarla. Tu verdadero secreto está ahí, en esas manos que viven al final de tus brazos, en esos pies que soportan el peso de tu cuerpo, en ese corazón que insiste en latir, en esos ojos capaces de embriagarse con la belleza de las cosas. Si quieres voy contigo. Nos necesitamos mutuamente para encontrar la curva cierta sin perdernos en el camino.

Si la palabra "revolución" recobra su sentido etimológico de 'girar, dar vueltas', dejando de lado los caminos de la violencia, puede comprenderse como un acto de servicio. Desde este diferente significado, se entienden mejor las palabras de Ernesto Guevara: «El revolucionario verdadero está guiado por grandes sentimientos de amor». En tanto tal, es una búsqueda de una *buena vida* para todos. Las palabras de la poeta ahora cobran un significado más profundo y vivencial.

Entonces, la buena vida comienza dentro de nuestro corazón, cuando el otro se convierte en alguien digno e importante para vivir con él, cuando juntos comenzamos a ayudar a los que más padecen (servicio), si las pequeñas cosas de la vida son lo más importante para nuestra alegría, como nos enseña nuestra poeta. Pecamos de arrogancia y ceguera cuando nos proponemos cambiar el mundo, pero no comenzamos por cambiar nosotros. Las terribles estructuras sociales injustas hallan parte de sus cimientos en lo más profundo de nuestros corazones.

¹¹ <http://filosofandohaciaitaca.blogspot.com.es/> .

¹² Es licenciada en Lenguas Modernas y Literatura. Actualmente se destaca como profesora en el Centro de Estudios de Historia del Atlántico, Madeira (Portugal).